

cismo, no permitia que las cosas se llevasen al extremo; pero no deja de ser verdad que el germen existia, y que se andaba transmitiendo de generacion en generacion, cual si esperase desenvolverse completamente en tiempos más oportunos.

» Presentóse mas de bulto el hecho, cuando con el entronizamiento de la familia de Borbon se aclimató entre nosotros la monarquía de Luis XIV y se borraron hasta los últimos vestigios de las antiguas libertades, en Castilla, Aragon, Valencia y Cataluña; llegando la manía de las regalías á su mas alto punto en el reinado de Carlos III y de Carlos IV. ¡Notable coincidencia! que precisamente la época en que mas suspicacia se mostró contra las pretensiones de la Corte de Roma, y la independencia del poder espiritual, fuese aquella en que se hallaba en su mayor auge el despotismo ministerial, y lo que fué peor todavía, la arbitrariedad de un privado.» Hasta aquí el señor Balmes (19).

Concluiremos esta materia con una juiciosa y brillante reflexion del erudito Fernando Walter. «¿Ejercerá todavía la Iglesia, pregunta el célebre escritor contemporáneo, ejercerá la Iglesia con una actividad sin trabas su influjo regenerador sobre la decrepita Europa, ó será que el cristianismo, no más que tolerado y seguido solo para la rutinera educacion de las grandes masas, ó para ocupacion de algunas almas piadosas, se agoste entre el complicado mecanismo de las modernas constituciones, ó se pierda en el laberinto de mil sectas? Tales son las grandes cuestiones del tiempo actual, cuestiones en las cuales el hombre de estado, que aspira al bien de las generaciones venideras, debe prescindir de sistemas elásticos de escuela y de las inspiraciones heladas de una política irreligiosa, para elevarse hasta la altura en que se oyen las grandes lecciones de la historia. Inspirar á la Iglesia tras de tantas borrascas seguridad y bienestar, fortificar su decoro, reconociendo francamente sus derechos y libertades, consolidar sobre esta base el principio de la autoridad vacilante en todas partes, procurar que con la sávia perenne del Cristianismo florezcan las virtu-

des civiles, las buenas costumbres, la humanidad, y con ellas la belleza y el encanto de la vida; estos son los remedios, estos, y no hay otros, contra el letargo, contra el helado porvenir, con que nos amagan la incredulidad y el egoismo (20).»